



La decisión de Bastián

EUGENIO DE ANDRÉS, socio director de tatum y miembro del Top Ten HRS, y JOSÉ MARÍA DÍEZ, gerente de tatum

Cuenta una sabia leyenda chilena que había un joven comerciante llamado Bastián, cuyos negocios lo obligaban a viajar con frecuencia entre los pueblos de Antofagasta y Calama. Normalmente él tomaba la ruta que bordeaba la costa, lo que le permitía recorrer la mayor parte del viaje acompañado por la brisa del mar. Pero en esta ocasión, Bastián tenía que llegar a Calama lo más pronto posible para cerrar un importante negocio, de modo que decidió ir por el camino más corto, a través del desierto de Atacama, el más árido de todo el planeta. En su zona central se han registrado periodos de 400 años sin lluvia y muy pocos se atreven a correr el riesgo de cruzarlo. No obstante, el joven dio de beber a su caballo, llenó sus talegas y emprendió la ruta.

Varias horas después de partir, empezó a levantarse el viento del desierto. Bastián refunfuñó para sus adentros y apuró el paso. Pero, de repente, se detuvo sorprendido. A unos cien metros delante de él se levantaba un gigantesco tornado. Había oído hablar sobre los tornados de la temporada de vientos, pero nunca había visto uno. El remolino era enorme y arrojaba a su alrededor una extraña luz azul que hasta teñía el color de la arena. El comerciante dudó entre dar un largo rodeo para evitarlo o correr el riesgo de adentrarse en él. Tenía mucha prisa, el negocio era muy suculento, no disponía de tiempo, así que se tapó la

cabeza con su poncho, se ciñó bien su chupalla y siguió avanzando.

Para su sorpresa, en el momento en que penetró en la tormenta todo se volvió mucho más calmo. La ventisca ya no azotaba con tanta fuerza. Se sintió satisfecho de haber vencido su miedo y decidirse por aquel camino. Pero al poco rato se vio obligado a detenerse otra vez. Un poco más adelante, un hombre yacía tirado sobre el suelo junto a su vieja montura. Bastián desmontó de inmediato. El anciano, al sentir al joven abrió los ojos, le miró con atención y preguntó: “¿Eres... tú?”.

Bastián pensó que el sol del desierto había aturdido al pobre hombre y no le dio importancia a sus palabras. Se limitó a tranquilizarle: “No pasa nada, ya no está solo. ¿A dónde se dirige?”, preguntó el joven con una mirada amable.

—A Antofagasta, pero no tengo más agua, susurró el viejo.

Bastián se quedó pensativo. Sin duda, podía compartir un poco de su agua con el anciano pero, si lo hacía, se arriesgaba a quedarse sin agua para él. Sin embargo, no podía dejarlo así. No se puede dejar morir a un hombre sin echar una mirada atrás.

“¡Una vida humana vale mucho más que un buen negocio!”, pensó. Ayudó al viejo a beber, le dio una de sus

cantimploras y después le ayudó a montar en su caballo.

—Siga derecho por ese camino —dijo amablemente Bastián mientras señalaba con el dedo—, y en menos de tres horas estará en Antofagasta.

El anciano hizo una señal de agradecimiento con las manos. Miró fija y cariñosamente al joven mientras decía: “Algún día el desierto te recompensará”. Galopando a toda velocidad se alejó por el camino.

Bastián tuvo que dar un largo rodeo para conseguir más agua y por ello perdió su negocio, pero una sonrisa de satisfacción le acompañó todo el camino.

Pasó el tiempo. Treinta años después, Bastián se había convertido en un importante comerciante. Un día, mientras vendía sombreros de huaso en la plaza del mercado de Calama se enteró de que su hijo estaba enfermo de gravedad. Era urgente que fuera a verle de inmediato. Bastián no vaciló, recordó el atajo a través del desierto que había tomado años atrás. Dio agua a su caballo, llenó sus cantimploras y partió con premura. A lo largo del camino libró una batalla contra el tiempo, espoleando sin cesar a su caballo. No se detuvo ni disminuyó la marcha mientras bebía agua, con tan mala suerte que la cantimplora se le cayó al suelo y el agua desapareció en la arena. Bastián gritó enfadado. ¡Con una sola cantimplora era imposible cruzar el desierto! Pero al pensar en su hijo, el viejo se obligó a seguir adelante.

El sol de Atacama es despiadado, le importa poco por qué o para qué un

“Trabajar para el equipo es trabajar para uno mismo”, Lolo Sáinz, entrenador de baloncesto. La frase recoge la esencia del compromiso que parte de una óptica íntima y personal

hombre trata de desafiar sus rayos; arde inexorablemente siempre con la misma fuerza y vehemencia. Bastián pronto comprendió que había cometido un gran error. Se le reseco la lengua y la piel le quemaba. Las cantimploras restantes ya estaban vacías. Y ahora, para su desazón, vio que empezaba una tormenta de arena delante suyo. Bastián se envolvió la cabeza con su poncho, cerró los ojos y dejó que el caballo le llevara hasta que, inconsciente, se desplomó en el suelo.

Al cabo de un tiempo, un ruido le despertó. Un hombre montado a caballo se dirigía hacia él. Pero cuanto más se acercaba el hombre, tanto más la alegría de Bastián se convertía en estupefacción. Este hombre que ahora desmontaba de su caballo... ¡Le conocía! Reconoció su rostro juvenil, sus ropas... ¡y hasta el azabache que montaba! Un caballo que él mismo había comprado a un viejo huaso por dos sacos de trigo muchos años antes. Bastián estaba seguro:

¡el joven que venía a ayudarlo era él mismo!

—¿Eres... tú?, balbuceó desde el suelo el viejo Bastián.

El joven, con una mirada sincera y llena de amabilidad, le contestó:

—No pasa nada, ya no está solo.

LA LECCIÓN BASTIÁN

Lolo Sáinz suele decir en sus conferencias una frase que por su sencillez puede pasar desapercibida, pero que encierra una gran sabiduría: "Trabajar para el equipo es trabajar para uno mismo". Esta frase resume perfectamente la enseñanza que nos ofrece Bastián en este cuento, donde podemos analizar el compromiso desde una óptica más personal.

Cuando uno se implica con un proyecto, sufre una pequeña transformación interna. La responsabilidad pasa a un primer plano y aparta al ego. A partir de ese momento nos programamos

para hacer lo que toca en cada momento, anteponiendo las necesidades del proyecto a los propios intereses. Asumimos los retos como nuestros y decidimos realizar determinados esfuerzos porque sentimos el propósito como propio.

Por eso cuando nos comprometemos con algo, igual que Bastián, nos estamos comprometiendo con nosotros mismos. La entrega sincera por un objetivo nos hace crecer como profesionales y como personas. Vivimos conscientes, con pasión y nuestros actos, hasta los más incómodos, cobran sentido. Además como el compromiso nos hace ocultar nuestro ego, nos volvemos más generosos, más humildes, más solidarios...

Solo deberíamos trabajar comprometidos realmente por el proyecto donde estamos, aunque fuera egoístamente, ya que con ello conseguimos llenar una de nuestras dimensiones, casi imprescindible, con algo que nos merece la pena. ▲

